

## BIENAVENTURANZA.

### I.

*Petrus dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse.*

Dijo Pedro á Jesús: Señor, bien estamos aquí.

(*Math. xvii, 4.*)

Para fortalecer el Salvador la débil y vacilante fe de sus mas queridos apóstoles, los lleva á un monte apartado. Allí parece que las sombras de la humanidad se desvanecen, y que la divinidad se muestra con mayor resplandor. Rásgase el cielo, y vienen Moisés y Elias á rendir adoraciones al Mesías figurado en la ley y anunciado en los profetas. La majestad de aquel augusto espectáculo, la presencia del Dios que se manifiesta á su vista, y no sé qué puro, vivo y penetrante gozo, que baña sus almas, les anticipa en la tierra un preludio de las delicias celestiales. ¡Ay, Señor, exclama Pedro, no nos apartemos de tan dichoso lugar! ¿dónde hallaríamos lo que aquí dejáramos? Si en otro tiempo suspiró mi corazón por la renovacion del reino de Israel, confieso lo errado de mis deseos; porque ¿en qué trono pueden gozarse deleites tan suaves como los que das á gustar en esta deliciosa soledad? *Domine, bonum est nos hic esse.* Pero estando hablando Pedro, oye una voz que le dice, que no ha llegado todavía el tiempo del descanso; que antes de participar con aquel Hombre-Dios de la herencia de su gloria, es necesario merecerla, obedeciendo con pronta docilidad sus preceptos, é imitando sus ejemplos: *ipsum audite.* *ΜΑΤΤΗ. XVII, 5.* El tiempo de esta vida es el tiempo de la pelea y de la tentacion; verdad es, que pasará y que pasa con tanta rapidez, que podemos decir que ya pasó; y que vendrán los dias y el tiempo de la paz, y no pasarán.

Pensamiento de gran consuelo y muy eficaz para asegurar nues-

tros pasos en los caminos de virtud, si la luz de la fe alumbra todavía nuestro entendimiento. Pero el ciego Israel desprecia las promesas hechas á sus padres; el embeleso de los bienes caducos y perecederos echa un candado á nuestro corazón, para no permitir en él entrada al amor de los bienes eternos; y nos olvidamos del cielo, ó no procuramos merecerle. Dos grandes desórdenes en que incurre nuestro siglo en punto á la bienaventuranza eterna: ceguedad é insensibilidad de tantos cristianos tibios é indiferentes, que no la desean; y flojedad é inaccion de tantos cristianos perezosos y sin vigor, que no procuran hacerse dignos de ella: desórdenes reprobados por aquellas palabras del Apóstol: *Quæ sursum sunt quærite... quæ sursum sunt sapite.* *COLoss. III, 12.* La felicidad del cielo es acreedora á todos vuestros deseos: *Quæ sursum sunt quærite;* pero vuestros deseos no bastan para conseguirla: *Quæ sursum sunt sapite.* En dos palabras; insensibilidad del cristiano tibio é indiferente, que no suspira por el cielo; insensibilidad la mas inexcusable. Y flojedad del cristiano tibio y perezoso á quien no merece el cielo sino deseos estériles: flojedad la mas culpable. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La insensibilidad del cristiano tibio é indiferente en punto á la eterna bienaventuranza, es la mas inexcusable; pues la felicidad del cielo es superior infinitamente á todos los bienes, que podemos desear en la tierra; y superior infinitamente á toda la extension de nuestros deseos. ¿Qué viene á ser la felicidad del cielo comparada con los bienes del mundo? ¿qué viene á ser la felicidad del cielo considerada en sí misma? Examinemos, meditemos; y nos veremos compelidos á confesar, que la bienaventuranza eterna es acreedora á todos los deseos de nuestro corazón. Es la felicidad de la eterna bienaventuranza infinitamente mas estimable, que todos esos bienes que apetece el hombre carnal con tanta ansia, que solicita con tanta diligencia, y que anhela con tanto impetu.

La felicidad de la eterna bienaventuranza es sólida y verdadera. La felicidad mundana no es felicidad, sino sombra y figura suya. Tienen los bienes del mundo cierto oropel, no sé que brillantez, que desde luego nos deslumbra; cierta amena y halagüeña superficie, que á primera vista nos arrebata el alma. Son una fantástica apariencia, que debe toda su fuerza á nuestra imprudente y temeraria precipitacion; pero examinada con mayor aplicacion y cuidado, desaparece toda la ilusion y engaño, no pudiendo resistir á la prueba de la experiencia. A cierta distancia parece, que no hay cosa de mayor esti-

macion, y de cerca se resuelven en nada. Y por difícil que sea no dejar de amarlos y desearlos cuando no los poseemos, todavía es más difícil amarlos cuando los poseemos.

El mundo solamente agrada mientras brinda con sus halagos, y fastidia cuando se posee. De aquí nace, que la vida humana no es otra cosa que una circulacion y reflujo continuo de ardientes deseos y de falaces esperanzas, de gustos y de desabrimientos: de aquí nace, que pasamos los dias en anhelar por lo que huye de nosotros, y en huir de lo que hemos encontrado; en repudiar un proyecto por adoptar otro; y en desposeernos de un bien, que conocemos, por adquirir otro, que no conocemos: dominados siempre del lisonjero engaño de una felicidad, que se nos representa á lo léjos, y que huye y se desvanece luego que creemos haberla conseguido.

No sucede así, oh Dios mio, con los bienes de vuestra celestial Jerusalem! Por más elevados que se los figure el hombre, exceden con infinita ventaja al mas sublime pensamiento: nada pierden en ser conocidos, antes adquieren incomparable valor: de cada dia, de cada momento, son mas agradables: jamás se cansa el corazon humano de poseerlos. Sí, por cierto: en ellos se encuentra el hombre cuanto puede desear, y aun más de lo que puede esperar y apetecer: inúndase en sus puras delicias, vive enajenado en ellas, de todo se olvida, olvidase de sí mismo.

La felicidad de la eterna bienaventuranza es llena y permanente. Los placeres del mundo, vosotros mismos lo repetis todos los dias, hombres carnales; los placeres del mundo no son más que humo que se desvanece, y sombra que huye; que ni los gustais, ni los poseeis en la realidad; que solo os saboreais con ellos superficial y apresuradamente; que apenas se excitan cuando desaparecen. Pero quiero que haya deleites más permanentes; no por eso dejarán de ser deleites ineficaces y amortiguados, que solo causan en el alma una leve conmocion, que en el corazon no hacen casi impresion alguna. Porque supongo, que teneis salud, riquezas, nobleza, dignidades, opinion, valimiento en el mundo; cosas todas, que si no las poseyeseis, os doleriais vivamente de ello, y cuya pérdida os seria muy sensible; más ¿sentis gran complacencia en poseerlas? Acostumbrado vuestro corazon á la tranquilidad de este gustoso estado, no siente la impresion de aquellos ardientes y deliciosos afectos que constituyen la felicidad; y así, toda esa vuestra dicha tan envidiada se reduce á vivir absortos en cierto estado de sosiego, de flojedad y de inaccion, que viene á ser el estado medio entre el deleite y el dolor. Desengañémonos, que solo la felicidad de los ciudadanos del cielo contiene afectos vehementes y

siempre duraderos: deleites penetrantes, que fluyen y se introducen hasta lo mas íntimo del alma; que la conmueven, la abrasan, y la desquician de sí misma: éxtasis, que se suceden unos á otros; con cuyo enajenamiento los siglos de los siglos se hacen un instante, porque vuelan con tanta rapidez, que aunque no pueden causar revolucion alguna, parece dan lugar para culparles su curso tan veloz. En tanto, el corazon lleno de verdadera y permanente alegría, se baña copiosamente en estas delicias inefables: en ellas está de asiento, en ellas descansa: él se engolfa en deleite, y los deleites le anegan á él: su felicidad nunca se acaba, y siempre empieza de nuevo.

La felicidad de la eterna bienaventuranza es llena y completa. Ninguno logra en el mundo todos los bienes juntos; y así, para asegurar la posesion de unos, se ve obligado á renunciar los demás. Hombre ambicioso, que corres desalado tras esa quimera de honra y de gloria que te trae enloquecido; consiente en negarte á las suavidades del descanso, y apresúrate á comprar con una muerte preciosa la esperanza lisonjera de vivir en la memoria de los siglos venideros: hombre sediento de riquezas, resuélvete á gastar tu salud y la flor de tu vida en el bullicio de esos cuidados roedores, sacrificando al deleite de acaudalar bienes el de gozar de ellos: hombre amigo de la vida quieta y desidiosa, determinate á vivir en el mundo desconocido, oscuro, sin nombre, sin crédito, sin distincion, sin autoridad, en fin, como si no existiese en él. Reinan, además de esto, en nuestro corazon no pocas pasiones contrarias entre sí: lo que á una concedemos, usurpamos y defraudamos á todas las demás; y rara vez llega el hombre á adquirir alguna parte de felicidad, sin que se exponga á sufrir innumerables sinsabores. Pero si quereis gloria sólida y verdaderas riquezas eternas, sosiego inalterable, deleites que satisfagan, toda la plenitud de bienes capaces de despertar nuestros deseos, y toda la plenitud de bienes capaces de satisfacerlos; eso solo lo hallareis en el cielo. Como nuestro corazon es inmenso, así es preciso, que su felicidad sea superior á cuanto podamos escogitar; que sus senos los llene Aquel que llena todas las cosas; que reciba en sí á Aquel á quien nada puede contener.

La felicidad de la eterna bienaventuranza es una fuente perenne de paz y de concordia entre los predestinados que la gozan. Entre los hombres, la felicidad de unos causa los infortunios de otros. De aquí proviene aquella maligna vigilancia en observar las acciones de un competidor; aquella diligente actividad en desbaratar sus proyectos; aquella consternacion cuando adelanta su fortuna; aquella ma-

ligna fruicion cuando decae; aquella rabia, aquellos furoros, aquella desesperacion cuando consigue la privanza.

¡Oh paz sosegada, oh paz amable, oh tú, á quien buscan los hombres en medio del bullicio, de la confusion, del horror de las batallas! A tí ¡oh dulce paz! te imploran nuestros suspiros, y tú desatiendes nuestros ruegos. Corremos tras tí, y tú huyes de nosotros. ¿Cuándo llegará el dia en que gocemos de paz inalterable? Pero ¡ay! que en vano solicitamos y esperamos el descanso en este triste destierro, que solo nos ofrece el espectáculo de sus discordias, sedicion y partidos, sospechas y desconfianzas, artificios y disimulos, amistades falsas, odios y venganzas. Volved pues la vista, oyentes míos, dirigid vuestros deseos á otra ciudad muy diferente. ¡Oh pacífica Sion, en cuyos baluartes reina la paz, la cual destierra de tu recinto los proyectos, las pretensiones, los motivos y el fomento de toda emulacion! el inmenso pueblo, que encierras dentro de tus muros, no conoce ni aquella bastarda envidia, que mira con una tristeza malignamente inquieta la prosperidad ajena, ni aquella cobarde desconfianza, que se asusta de la presencia de otro competidor. Allí no puede el interés personal desavenir los corazones; porque los vocablos *mio* y *tuyo*, ruina de las conexiones mas estrechas, hielo que extingue el fuego de las mas tiernas amistades, no hay ocasion para que se oigan allí jamás; pues el torrente de la felicidad corre para todos igualmente, y cuanto mas se bebe de él, mas crece su caudal.

La felicidad de la eterna bienaventuranza es eterna. Por breve que sea la vida humana, no deja el hombre de ser testigo de un sinnúmero de sucesos trágicos. ¿Cuántos han sobrevivido á su felicidad y á su gloria? y, ultimamente, cuando su felicidad no se deshaga antes, perece infaliblemente con ellos; y la prosperidad mas brillante viene á estrellarse tarde ó temprano contra el escollo del sepulcro, donde naufraga lastimosamente. Y ¿puede ser verdadera felicidad, una felicidad que empieza y fenece en un mismo instante? Si los bienaventurados del cielo estuviesen sujetos á los varios casos de esta vida perecedera, seria mayor la desdicha que les causase el peligro de perder su felicidad, que la felicidad que ahora sienten con el deleite de poseerla. Pero no hay ya tormentas ni huracanes que temer. La eternidad inmutable se ha sorbido en sus profundos senos el tiempo, los reveses y las vicisitudes del tiempo. Vos, Dios mio, me amais y me estareis amando siempre: yo os amo, y siempre os estaré amando; yo estoy unido con vos, y vos conmigo, y ninguna cosa podrá separarnos! Estos inefables deleites, estas puras delicias en que mi corazon se anega, nunca se interrumpirán: correrán los si-

glos, y yo no sentiré sus injurias: pasarán, y mi felicidad no pasará!

2. Resumamos. La felicidad de la eterna bienaventuranza es felicidad sólida y verdadera; felicidad siempre antigua y siempre nueva; felicidad llena y permanente; felicidad completa y total; felicidad, fuente perenne de paz y concordia entre los escogidos que la gozan; felicidad eterna. Al considerar estas excelencias de la felicidad del cielo, ¿qué juicio haceis de ella, comparada con la felicidad del mundo? Pero ¡en cuánto mas la apreciareis, si la considerais en sí misma!

¿Con qué colores os pintaré yo la felicidad de la eterna bienaventuranza?

Enajenada miéntras vivimos en este mundo el alma, por el encanto de los sentidos, no entiende las delicias de la union con Dios; pero, en el momento de la muerte, disipa el dia de la eternidad las tinieblas é ilusiones de esta vida mortal: desaparecen sus engañosos espectros; y no conserva el alma ninguna impresion peregrina en el vacío donde cae. Restituida, pues, á la pureza y vehemencia de su natural inclinacion, de su propension primitiva, te ve á tí, Señor: conoce en tí el único objeto proporcionado para llenar la inmensidad de sus deseos; se arroja á tí con un ímpetu incomprensible; y si sus ingraticudes no han formado obstáculos insuperables, ¿con qué rapidez, con qué actividad no se precipita en tu seno! ¡qué amor! ¡qué fuego! ¡qué torrente de delicias! La divinidad, que recibe á los bienaventurados en su seno, los estrecha, los llena, los penetra, su espíritu los anima, su sustancia los vivifica, su sér les comunica su existencia; y al considerarlos unidos y casi identificados con ella ¿nos admiraremos que el discípulo amado, ofuscado con la viva luz que los circunda, y al ver al esclavo vestido del resplandor, que es peculiar del Señor, se posture en presencia de ellos con la mas profunda humildad? Una segunda creacion portentosa sustituye á las flaquezas, defectos é imperfecciones de la naturaleza humana, la imitacion y comunicacion de las perfecciones de la divina: *Divinæ consortes naturæ*. II PETR. I, 4. Anegados y absortos en aquel inmenso océano de luces, conocen claramente el abismo, la profundidad, la economía, la série de las disposiciones, de los consejos y obras del Altísimo: para ellos corren todos los velos, y se despojan de toda sombra los misterios de la naturaleza y de la gracia: su entendimiento lo vé todo, vé hasta el mismo Dios, le vé y le conoce como es en sí: *Videbimus eum sicuti est*. I JOAN. III, 2. Circundados por todas partes de aquel piélago de delicias que los sorbe, los llena, los penetra, los inunda, ¡qué felicidad, herma-

nos míos! tal, que por ella participan de la felicidad del mismo Dios: *Intra in gaudium Domini tui*. MATTH. XXV, 25. De modo, que en la region santa de los bienaventurados todo está en Dios, todo es para Dios, todo es de Dios, y todo participa de la naturaleza de Dios. Y como todos viven vida de Dios, y son felices con la felicidad de Dios, son todos un entendimiento y un corazón, porque Dios solo piensa en su entendimiento, él solo es el objeto de sus pensamientos, él solo el término de sus deseos. Juntas todas sus voces, no componen sino un cántico de adoración y alabanza perpétua: ni tratan, ni conversan sino de su grandeza, de su poder, de su santidad, de sus beneficios, de sus perfecciones infinitas: los éxtasis de amor, de gratitud, de felicidad se trasladan de un corazón á otro: los hombres en el cielo no son ya hombres; ni entre ellos y Dios supremo se conoce mas diferencia que la esencial, que hay entre el Criador y la criatura. Elevado y ennoblecido su sér por el Sér divino, tiene grabado en su entendimiento, en su corazón, en su dicha, el carácter y los símbolos de la caridad, de la inmutabilidad, y de la felicidad de la naturaleza divina.

Refiere S. Agustin, en el libro IX de sus Confesiones, que tratando con su madre de las delicias de la vida eterna, arrebatados de repente en espíritu, la vieron por algunos instantes. Suspensos con esta vista, atónitos y fuera de sí, solamente se hablaban con suspiros, cuando prorumpiendo Sta. Mónica, ¡ ay hijo amado mio! exclamó: solo deseaba verte reducido al gremio de la Iglesia; ya se han cumplido mis deseos; desamparemos esta tierra miserable; ¿qué otra cosa puedo yo hacer en ella sino suspirar por el cielo? Y nosotros ¿qué hacemos en este mundo? ¿qué halagüeños atractivos nos tienen aprisionados en él? ¡Extraña ceguedad del hombre! Pasa la vida entera en desengañarse, y en caer en nuevos engaños; en llorar sus errores, y en continuarlos; en relajar su corazón, y en recogerle; en romper amistades, y en contraerlas de nuevo; en quejarse del mundo, y en amarle; en detestar sus perfidias, y en fiarse de sus promesas; en consumirse desesperando, y en dejarse llevar de esperanzas tan vanas como las primeras. Y vosotros, á quienes la Providencia ha reducido á arrastrar una vida oscura, trabajosa y olvidada, ¿por qué llenos de despecho y tedio pasais los tristes dias de vuestra vida en suspirar por unos bienes que Dios os niega? Consolaos con la esperanza cierta de los bienes que Dios os promete.

Grandes del mundo, ricos del mundo, que sois tenidos por tan dichosos, ¿soislo realmente? Un corazón turbado, inquieto, alterado, porque no posee lo que desea: un corazón desconsolado, lleno de te-

dio y amargura, porque no tiene que desear mas de lo que posee, es, al fin, el corazón del hombre, aunque se vea adornado de púrpura y ceñido de diadema; y un corazón despedazado con deseos inquietos, ó consumido con disgustos y desabrimientos, ¿es corazón feliz? ¡ Ah hermanos míos! Dad infinitas gracias á la divina Providencia, que no permite que vivais aletargados con la embriaguez de una vana y pecaminosa prosperidad. Entónces sí, que seriais dignos de compasión, si siendo muy felices en este mundo, vinieseis á olvidaros de que estais criados para una felicidad mas sólida y mas permanente! El pueblo, que no suspira por la tierra de promisión, perecerá en el desierto; las puertas de la ciudad santa permanecerán eternamente cerradas para el cristiano insensible, que no supo abrirlas con el fervor de sus deseos. ¿Direis ya, que basta desear el cielo, habiéndoos hecho ver, que no hay insensibilidad mas injusta que la del cristiano tibio que no le desea? Ahora, pues, os haré ver, que no hay cobardía mas inexcusable que la del cristiano tibio y flojo, que solo desea el cielo con deseos ineficaces.

Tibios é indolentes cristianos, que os limitais á desear la eterna bienaventuranza sin procurar merecerla con obras, entended, que sois inexcusables por dos razones: inexcusables por intentar conseguir solamente con deseos una felicidad, que solo se concede al mérito; é inexcusables por no atesorar méritos que podeis adquirir. Bien podia Dios concedernos el cielo como gracia gratuita; pero como árbitro de sus bienes, quiere darle á título de recompensa, y, por consiguiente, que sea premio del trabajo y de los servicios. Si los bienes del mundo, bienes caducos y falaces, bienes inciertos y perecederos, bienes transitorios y corruptibles, nos cuestan tantos sudores y fatigas; si creemos que nunca hacemos demasiado por adquirirlos; si juzgamos que el trabajo de conseguirlos queda suficientemente premiado con la complacencia de poseerlos, ¿es justo, que los bienes eternos no nos cuesten nada? ¿Y tendremos valor para quejarnos, que nos pida Dios que hagamos por el cielo lo que no rehusamos hacer por el mundo?

Dios pronunciará en el momento señalado para decidir de la suerte eterna de todos los hombres, y en medio de todas las naciones congregadas, estas espantosas palabras: *Unicuique secundum meritum operum suorum*, Eccl. xvi, 15; á cada uno segun el mérito de sus obras. Palabras terribles para tantas almas ciegas y engañadas, que viven en aquella funesta paz y seguridad que les sugiere la confianza de que no desmerecen el cielo: para tantas almas hambrientas de vanagloria, que apetece mas la opinión de devotas que la realidad; que

ponen mayor estudio en parecer justas que en serlo: para tantas almas soberbias y arrogantes, que desvanecidas con los progresos que creen haber hecho en los caminos de la perfeccion evangélica, intentan dominar en el mundo y casi en el santuario, recobrando en vanidad la parte de gustos de que se privan, y resarciéndose de los obsequios que tributan al mundo, con aquella especie de vasallaje y casi adoracion que exigen de los hombres: para tantas almas insensatas y contumaces, determinadas á no ser virtuosas sino conforme al sistema y disposicion de su gusto particular y propios alcances: para tantas almas tibias é indiferentes, que, por explicarme así, ni son del cielo, ni de la tierra; que sin darse por entendidas de lo que poseen, ni mostrar deseo de lo que no poseen, ni la vida presente, ni la verdadera, les merece ningun cuidado; que ni bien sirven al mundo, ni ménos á Dios; que si su corazon no abriga ningun mal deseo reprobado por la religion, tampoco concibe ninguno de aquellos deseos puros y fervorosos que ella intima.

Si las puertas de la eterna bienaventuranza se nos abriesen, si nos fuese licito registrar los dichosos ciudadanos que la habitan, ¿qué os parece se ofrecería á nuestra vista? hombres, que reprimieron sus deseos, que lucharon con sus inclinaciones, que dominaron y rindieron sus apetitos; hombres, que habiendo vencido al mundo, al amor propio y á la vanidad, ni buscaron sino á Dios, ni quisieron sino á Dios, ni trabajaron principalmente sino por Dios; hombres, que sin ceñirse á la observancia de los preceptos, aspiraron á la perfeccion de los consejos evangélicos; hombres, cuyos días, léjos de haber sido días vacíos y ocupados en las solicitudes de esta vida y en vanos pasatiempos, fueron una rica tela de virtudes y sacrificios: apóstoles, mártires, anacoretas, vírgenes castas y fervorosas, penitentes mortificados. Y siendo esto así, ¿nos atreveremos nosotros á persuadirnos, que tenemos mérito para ser dignos de la eterna bienaventuranza? Confesemos, que léjos de tener derecho á sus gracias, solo merecemos su indignacion; y que tanto mas inexcusables somos, cuanto que, si el cielo solo se concede al mérito, en nuestra mano está adquirir este mérito que pide el cielo.

Regocíjate, pues, oh Ísrael, y di: no por cierto, no hay Dios semejante al nuestro: *Quis Deus magnus sicut Deus noster.* PSALM. LXXVI, 14. Deidades de la tierra, señores orgullosos, ¿á qué precio vendeis vuestros beneficios! ¿qué servicios tan costosos exigís! ¿qué frecuencia de visitas molestas! ¿qué condescendencias repugnantes! Y los que á vosotros acuden, ¿qué desaires no han de sufrir! ¿qué sinsabores no han de pasar! ¿qué injurias no han de disimular!

¿qué caprichos no han de contentar! ¿con cuántas pasiones no han de contemporizar! y no pocas veces, despues de haberse humillado tanto, de haber hecho tantas bajezas, nada consiguen: porque viniendo la muerte antes que el premio, perecen sus trabajos, y se hunden con ellos en el sepulcro. Con todo eso, ¡oh vergüenza, oh ceguedad de los cristianos! la esperanza de estos vanos é inútiles galardones, de estas dudosas é inciertas recompensas, atrae y convoca á los piés de esas mortales deidades una caterva de ambiciosos esclavos, al mismo tiempo que Dios no puede ganar nuestro corazon con todas las riquezas de su amor y toda la magnificencia de sus dones.

Repitamos, pues, aunque en otro sentido, y para confusion nuestra: *Quis Deus magnus sicut Deus noster?* No, por cierto, no hay Dios que sea tratado como nuestro Dios: no hay Dios que haga mas por nosotros, y por quien nosotros hagamos ménos: no hay Dios tan magnifico en sus recompensas, y tan desatendido en sus promesas. Soldado envejecido en los trabajos de la guerra: magistrado que has consumido tu vida en los tribunales: hombre estudioso que has perdido tu calor natural con esas tareas literarias; ¿en qué abismo se han sumido tantos días ocupados, tantas noches inquietas? ¡Ah! si hubieseis hecho por la eterna bienaventuranza lo que habeis hecho por la tierra, os hallariais en estado de competir con los mayores santos. Quiera, finalmente, nuestro benignísimo Dios derramar sobre vosotros el espíritu de sabiduría. El os dé á conocer la vanidad de vuestros designios, y la inmensidad de sus riquezas, que son la herencia de sus escogidos. Y así, no deseareis sino el cielo, ni trabajareis sino por el cielo. Y en el cielo hallareis finalmente el cumplimiento de todos vuestros deseos, y el superabundante premio de vuestros trabajos. Así sea.

## BIENAVENTURANZA.

### II.

*Congregabit triticum suum in horreum.*

Meterá su trigo en el granero.

(*Math. III, 12.*)

Jesucristo recibió de su eterno Padre el poder y potestad de juzgar al mundo, no solo para la condenacion de los pecadores, sino tambien para la gloria y recompensa de los justos. Así como el Padre de familias, segun la expresion figurada del santo precursor de Jesucristo, hace recoger el buen grano, y guardarlo con cuidado en sus graneros, del mismo modo, el Salvador de los hombres ha de llevar consigo á sus escogidos á su reino, y hacerles gozar en esta santa patria de todas las dulzuras de la felicidad celestial y eterna. Suprema felicidad, y capaz de hacernos verdaderamente felices, no solo en la vida futura, sino tambien en la presente: en la futura, dónde la poseeremos; y en la presente, dónde la esperamos. Vamos á ver, en primer lugar, como la posesion de esta felicidad en el cielo es una felicidad completa para los escogidos; y, en segundo lugar, como, aun desde este mundo, la sola esperanza de esta felicidad y dicha es para los escogidos de Dios una felicidad adelantada. Estas dos verdades, por la grande estimacion que nos darán de esta soberana felicidad, nos empeñarán á pensar únicamente en ella, y á redoblar, sin cesar, nuestros cuidados para lograrla. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La eterna bienaventuranza es para los escogidos de Dios una felicidad completa y consumada. Porque este es un estado, en que el hombre no tiene más que desear de todo lo que puede contribuir á su felicidad, y un estado en que no tiene que temer, que nada pueda turbar y terminar su bienaventuranza eterna; y esto es lo que pode-

mos llamar una bienaventuranza consumada. Tal es el estado de los escogidos de Dios en el cielo. Ellos poseen á Dios, y hallan en Dios el descanso mas perfecto, y todos los bienes juntos; el descanso mas perfecto, pues Dios es el último fin, y toda criatura, en llegando á su fin, descansa como en su centro; todos los bienes juntos, porque Dios solo es todo bien, y, por una consecuencia natural, él solo basta á suplir por todas las cosas. Por esto decia á sus discípulos el Salvador de los hombres: *Cuando os halláreis conmigo en mi gloria, no tendreis que pedir á mi Padre cosa alguna*, JOAN. XVI, 24; dándoles á entender, que entónces nada les faltará. Pero ¿qué es esta posesion de Dios? ¿Qué obra en el alma bienaventurada? ¿Cómo la llena y la embriaga de aquellos torrentes de gozo y alegría de que habla el Profeta? Estos misterios, responde el grande Apóstol, á ningun hombre es permitido penetrarlos. Son misterios superiores á todo lo que ha visto, á todo lo que ha oido, y á todo lo que ha podido comprender el espíritu de los hombres. Y el no haberlo jamás visto, ni oido, ni comprendido el espíritu del hombre, es lo que nos da á conocer mas la excelencia de esta felicidad incomprendible é inefable.

Pero, sea lo que fuere, basta saber lo que nos enseña la fe, que en esta bienaventuranza serán satisfechos de tal modo todos los deseos de nuestro corazon, que nada nos quedará que desear; así como en todo el discurso de esta eterna bienaventuranza nada tendremos que temer; porque es una felicidad sin término, y que nos pondrá á cubierto de todas las revoluciones y de todas las mudanzas. Y así nos ha sido anunciada en el Evangelio, y prometida por Jesucristo como *una alegría perdurable y permanente, que nadie nos la podrá quitar*, JOANN. XVI, 22; como una felicidad independiente de todo accidente humano, y de todo poder enemigo; como *una redencion*, LUC. XXI, 28, una libertad y un rescate de todos los males, así del alma como del cuerpo; de todas las sorpresas, y de todas las persecuciones á que nos pueden exponer la animosidad, la envidia, la violencia, la astucia y la cavilacion. Pues juntos eternamente los escogidos del Señor en su seno, amarán á Dios y serán amados de Dios; y con este amor mútuo é invariable, gozarán eternamente de la abundancia de la paz y de las mas puras delicias.

Pues si no dirigimos á esto todas nuestras miras, ¿á qué aspiramos, y qué es lo que pretendemos? ¿Qué nos detiene ó embaraza, ó qué otra felicidad nos embelesa? ¿En qué hacemos consistir la falsa felicidad de que somos tan celosos? ¿Es por ventura en estos bienes limitados, qué jamás apagan nuestra sed, y dejan siempre un vacío

infinito en el corazón? ¿Cuál es el rico y opulento del siglo, que haya dicho jamás: esto es bastante? ¿Cuál es el ambicioso colmado de honras, que haya dicho: no necesito de más, ni aspiro á mayor dignidad? ¿Cuál es el que entregado á los placeres haya dicho: estoy contento, y no quiero más? ¿Es, por ventura, el que goza de estos bienes pasajeros, que nunca poseemos sin inquietud, porque sabemos los muchos reveses de la fortuna, y que están expuestos á tantas decadencias? Hombres ciegos é insensatos; ¿hasta cuándo nos han de turbar y fascinar la vista los hechizos de estas naderías, y nos han de esconder el único bien sólido y verdadero á que debemos aspirar? ¿Qué comparacion puede haber entre este soberano bien, y estas sombras sin fondo ni consistencia, estas vanas figuras, que nos burlan y nos ciegan? Sin embargo, por un desórden muy lamentable, y por una especie de encanto, estas figuras son las que seguimos, y hácia estas sombras corremos. En esto pasan la vida los mundanos; aquellos ocupados enteramente en poner los medios para hacerse grandes; estos dominados de un vil interés y de una insaciable avaricia, que los devora, y no pide mas que hartura y mas hartura; los otros entregados á la ociosidad y delicadeza, atentos solo á satisfacer sus sensualidades; y todos tan poco movidos de lo eterno, como si no tuviesen cosa alguna que pretender, ni tuviesen parte en las promesas del Señor. ¿Digo algo de que no seamos testigos? Y por poco celo que se tenga, ¿se puede ver un desórden tan prodigioso sin muy amargo dolor y sentimiento?

2. Veamos ahora, como la esperanza de la eterna bienaventuranza es, aun desde este mundo, para los escogidos de Dios una bienaventuranza anticipada. Los dos efectos que produce en un alma cristiana son, el uno, cortar de raíz los principios ordinarios de las penas que nos turban en este mundo; y el otro, derramar una unción divina y los mas dulces consuelos, con un gusto anticipado de los bienes de la eternidad. Expliquemos uno y otro con la claridad necesaria. Los principios de tantas penas con que nos hallamos agitados y turbados por lo comun, son la nimia adhesión á los bienes de esta vida, y la vivacidad con que sentimos los males de ella. Nosotros estimamos y amamos los bienes de esta vida; y para adquirirlos y conservarlos, pasamos por mil deseos que nos abrasan, mil pasiones que nos agitan, mil celos que nos roen las entrañas, y mil cuidados y embarazos que nos atormentan. Tememos los males de esta vida, y los sentimos con mucho exceso; y de aquí nacen (ya estemos acosados de ellos, ó solamente amenazados) aquellos mortales miedos que nos secan, las impaciencias que nos indisponen, lo despechos

que nos hacen desesperar, y los pesares y desolaciones que nos llegan á oprimir. ¿Y no es esto lo que causa el suplicio de tantas gentes, y lo que las hace desgraciadas é infelices?

Y ¿cuál será el remedio? Una santa indiferencia, que corrija este amor desordenado de los bienes de la vida, y una generosa paciencia, que modere esta excesiva delicadeza en los males de la vida. Pues tales son las dichosas disposiciones en que está un alma fiel, que dirige todos sus pensamientos al cielo, y no desea sino el reino de Dios á que es llamada. Vé las grandezas del mundo y las fortunas del siglo; pero nada de esto la mueve, porque sabe, que no fué criada para esto, sino destinada para cosas mas altas. Si se ve acosada de las desgracias temporales, de los trabajos, de las adversidades y miserias, nada de esto la mueve, porque sabe, que estar á prueba de todo esto la sirve para asegurar la corona, que es el término de su esperanza: *Yo sufro* (exclama con el Apóstol) *pero no tengo la menor confusion*, ТИМОТ. II, I, 12; y en medio de todas las calamidades humanas no me llevo á descomponer ni abatir, *porque no ignoro quién es Aquel en quien confío, y puedo contar con que me guarda mi depósito*, ТИМОТ. II, 12; y que mi tesoro no perecerá en sus manos. ¿Qué consuelo! Y si puede haber alguna felicidad para nosotros en este destierro en que vivimos, ¿qué otra puede ser, que este desasimiento de corazón, esta paz inalterable, esta independencia de todas las vicisitudes y acaecimientos, esta firmeza y constancia superior á todos los infortunios, á todas las pérdidas, azares, humillaciones y enfermedades que pueden acontecer?

¿Y qué será si añadimos á ésto aquella unción santa y consuelos interiores que se gustan, pensando en la casa de Dios y en todas sus riquezas? Porque, desde este valle de lágrimas, en que no tenemos de ella sino una imágen imperfecta, ni la vemos sino desde léjos, la meditacion, ayudada de la gracia, nos la hace presente, y nos hace sentir anticipadamente sus dichas y bienes inestimables. Pero, no nos empeñemos en explicar lo que es este afecto y este gusto, pues seria menester probarlo para conocerlo. Muchos santos lo han probado y lo han conocido, y otros muchos lo aprueban y lo conocen cada dia; porque en todos los estados, á pesar de la corrupcion del siglo, hay siempre, por la divina Providencia, algun pequeño número de almas tan desasidas de la tierra, que *todo su comercio es en el cielo*.

Envidiemos su suerte, y lloremos la nuestra. Conozcamos nuestra ceguedad, y trabajemos por curarla. Queremos ya gozar en este mundo una vida tranquila, y nos descuidamos en averiguar donde se halla esta tranquilidad y calma. Abramos los ojos de la fe; levánté-